

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

¿AQUÍ QUIÉN MANDA?

Dios y Su régimen participativo

CUANDO NO SABES QUÉ HACER

Tomar buenas decisiones no es tan difícil

APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

La mujer, el príncipe y el dragón



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:
www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(09) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

En *Los miserables*, un clásico de la literatura universal, Victor Hugo cuenta la historia de Jean Valjean, cuya azarosa vida toma un giro desafortunado a raíz de una decisión irreflexiva. Valjean roba una barra de pan para dar de comer a los hambrientos hijos de su hermana. Como consecuencia, pasa los siguientes 19 años de su vida en presidio. Al salir de la cárcel, su condición de ex reo le impide encontrar trabajo. Valjean se presenta a mendigar a la puerta de un obispo, quien le da de comer y lo aloja por una noche. Pero sumido en la desesperación ante su futuro tan sombrío, el hombre cede a la tentación y huye en medio de la noche llevándose parte de la platería del obispo. Sin embargo, no ha llegado muy lejos cuando lo detienen y lo llevan nuevamente ante el prelado a dar cuenta de sus acciones. Sabiendo lo que le ocurrirá a Valjean si lo vuelven a declarar culpable de robo, el buen obispo decide darle una oportunidad y declara: «Yo le regalé la platería». Valjean se libra de la ley, pero no de su conciencia. Luego incurre una vez más en un robo y llega a otro momento decisivo; pero en esa ocasión, obra con acierto. Se arrepiente, y a partir de ahí es otro hombre. En los años que siguen pasa por muchas vicisitudes y se enfrenta a más decisiones difíciles, mas persevera en el derrotero que Dios le ha ayudado a trazarse.

Los miserables constituye un emotivo cuadro de la fuerza redentora del amor de Dios. También nos enseña que las decisiones que tomamos inciden poderosamente en nuestra vida. Hasta las más pequeñas pueden dar lugar a recompensas o consecuencias de muy largo alcance. ¿Qué podemos hacer, entonces, para tomar siempre buenas decisiones? La única fórmula segura es incluir a Dios en el proceso decisorio, pues solamente Él sabe lo que más conviene. Él quiere que tomemos decisiones acertadas, y siempre que lo hagamos contaremos con Su respaldo. Por lo tanto, lo más inteligente que podemos hacer es habituarnos a pedirle ayuda.

GABRIEL

EN NOMBRE DE CONÉCTATE

AÑO 8, NÚMERO 6 Junio de 2007

DIRECTOR Gabriel Sarmiento

DISÑO Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES Doug Calder

PRODUCCIÓN Francisco López

© Aurora Production AG, 2007. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwán por Chanyi Printing Co., Ltd.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



¿AQUÍ QUIÉN MANDA?

Adaptación de un artículo de David Brandt Berg

EL OTRO DÍA, mientras conversaba con una linda agente de viajes, nos pusimos a hablar de Dios.

—¡Bah, yo no creo en Dios! —dijo—. Si existe Dios, ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?

Le respondí:

—No se le pueden achacar a Dios todos los males que hay en el mundo. Quien causa todas esas desgracias no es Él. Muchas son obra del Diablo, que se complace en hacer daño a los hombres y verlos sufrir. Es más, esa es una de sus principales tácticas para apartar a la humanidad de Dios: le echa a Dios la culpa de todas las fechorías que él comete.

La jovencita se quedó callada un momento, reflexionando. A continuación me preguntó:

—Entonces, si Dios existe y es omnipotente, ¿por qué no pone freno al Diablo? ¿Por qué permite que haya tantas injusticias en el mundo? ¿Por qué no detuvo a Hitler?

—Es que de haberle parado los pies a Hitler, habría tenido que impedir a todo el mundo hacer cosas malas. Puede que no seamos tan malos como Hitler, pero la verdad es que todos nos portamos mal de vez en cuando.

—¿No habría sido mejor que nos hubiera hecho a todos buenos? —me preguntó.

—Si el Señor hubiera querido autómatas, claro, nos habría programado a todos de forma que obráramos bien en cualquier situación. Pero nos creó con libre albedrío para que escogiéramos entre el bien el mal. Él naturalmente espera que siempre nos encaucemos hacia lo bueno, que obremos con amor y con justicia, o al menos de tal modo que no nos perjudiquemos ni a nosotros ni a los demás. Sin embargo, cuando ve que estamos por tomar una decisión desacertada, generalmente se abstiene de intervenir. ¿Por qué? Porque al concedernos el libre albedrío se impuso a Sí mismo ciertas limitaciones para no interferir con nuestra capacidad de actuación.

»Lamentablemente, todo el mundo toma decisiones equivocadas de vez en cuando, y algunas personas lo hacen reiteradamente.

Esa es la raíz de la mayoría de los problemas del mundo de hoy: las decisiones equivocadas de la gente. A pesar de todo, hay esperanza, al menos en el ámbito personal. Dios está preparado para orientarnos a la hora de decidir. Puede que nosotros no podamos resolver todos los problemas del mundo, pero sí estamos en condiciones de mejorar nuestra vida y ejercer una influencia positiva en el ambiente en que nos movemos. Todo empieza por pedirle a Dios que nos ayude a tomar decisiones atinadas, motivadas por el amor».

En ese momento la llamaron para que atendiera a un cliente, y me dijo:

—Me parece que tú acabas de tener una buena influencia en mí, pues me siento diferente. Creo que voy a darle una oportunidad a Dios. •



DECISIONES EN CONSULTA CON DIOS

LA FORMA MÁS ATINADA Y CRITERIOSA de encarar una decisión es un proceso que consta de tres pasos:

Primeramente, debes reconocer que no tienes todas las soluciones y pedirle a quien sí las tiene —Dios— que te ayude a decidir con acierto.

En segundo término, debes comprometerte a creer y aceptar las indicaciones que Él te dé, aunque sean contrarias a tu parecer o a tus deseos sobre el particular. Es decir, abrigar el sincero deseo de que Él tome la decisión según lo que desde Su óptica va a resultar mejor para ti y para todas las personas afectadas. Ese normalmente es el paso más difícil, toda vez que requiere que supeditemos nuestra voluntad a la Suya.

En tercer lugar, debes averiguar cuál es Su recomendación. Si has pedido

sinceramente a Dios que te indique cuál es Su voluntad respecto de determinada situación, Él lo hará. Para ello es probable que se valga de uno o de varios de los medios que detallamos a continuación en orden de importancia y fiabilidad.

1. La Palabra de Dios. El primer lugar donde buscamos la voluntad de Dios es en Sus Palabras, consignadas en la Biblia y en otros textos inspirados. Él puso allí las soluciones generales para casi todos los interrogantes y problemas que se nos pueden plantear en

la vida. A veces aparecen explícitas; en otros casos, en forma de principios espirituales que podemos aplicar a nuestra realidad. «Lámpara es a mis pies Tu Palabra, y lumbrera a mi camino» (Salmo 119:105).

2. La voz de la Palabra de Dios. ¿Te ha pasado alguna vez que estás pensando en algo u orando por algo y el Señor te recuerda cierto versículo o pasaje de las Escrituras que arroja luz sobre el asunto? Es lo que se conoce como oír la voz de la Palabra de Dios. Puede que te haya ocurrido

también al leer la Biblia: de golpe un verso o pasaje te habla directamente, como si hubiera sido escrito para ti con relación a una situación en que te encuentras. El Señor aplica Su Palabra de manera personalizada y te da la respuesta que buscas. «La Palabra de Dios es viva y eficaz» (Hebreos 4:12).

3. Revelaciones. Dios también nos habla por medio de sueños y visiones, o por medio de mensajes que recibimos directamente de Él y que la Biblia denomina *profecías*. «En los postreros días, dice Dios, derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños» (Hechos 2:17).

4. Consejeros inspirados por Dios. Si quisiera aprender a tocar el piano, le pediría clases a un pianista que supiera tocar bien. Si quisiera aprender a cocinar, acudiría a una cocinera que me hubiera deleitado con sus recetas. Cuando procuramos hallar la voluntad de Dios respecto de determinada situación, conviene que pidamos consejo a personas que estén bien arraigadas en la fe, que tengan una estrecha

relación con el Señor y que conozcan Sus caminos. «Los pensamientos son frustrados donde no hay consejo; mas en la multitud de consejeros se afirman» (Proverbios 15:22).

5. Circunstancias y condiciones. A veces las circunstancias son claros indicadores de la voluntad de Dios. Imagínate un largo pasillo con puertas a ambos lados. ¿En qué pieza te vas a meter? Pues lo recorres tocando a cada puerta y girando los picaportes. Solo puedes entrar por las puertas que se abran. Cuando algo se ajusta a la voluntad de Dios, generalmente Él nos abre una puerta que lo posibilita. «He puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar» (Apocalipsis 3:8).

6. Intuiciones o deseos persistentes. También se habla del *testimonio del Espíritu*. Las corazonadas en algunos casos pueden ser engañosas; pero si Dios quiere que sigas cierto derrotero, en ciertas ocasiones te dará una fuerte convicción interior de que eso es lo que debes hacer. «Deléitate asimismo en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4).

7. Señales muy definidas en respuesta a un pedido concreto. También se las llama *vellones*. A veces se puede confirmar o reconfirmar una decisión pidiendo a Dios que nos dé una señal clara, como cuenta el libro de los Jueces que hizo Gedeón. Pedir una señal es como hacer un contrato con Dios. Si Él cumple Su parte del acuerdo, nosotros tenemos que cumplir la nuestra. «Gedeón dijo a Dios: “Si has de salvar a Israel por mi mano, como has dicho, he aquí que yo pondré un vellón de lana en la era; y si el rocío estuviere en el vellón solamente, quedando seca toda la otra tierra, entonces entenderé que salvarás a Israel por mi mano, como lo has dicho”. Y aconteció así, pues cuando se levantó de mañana, exprimió el vellón y sacó de él el rocío, un tazón lleno de agua. Mas Gedeón dijo a Dios: “No se encienda tu ira contra mí, si aún hablare esta vez; solamente probaré ahora otra vez con el vellón. Te ruego que solamente el vellón quede seco, y el rocío sobre la tierra”. Y aquella noche lo hizo Dios así; sólo el vellón quedó seco, y en toda la tierra hubo rocío» (Jueces 6:36-40).

Sobre todo, debemos creer que Dios nos ama y quiere siempre ayudarnos a tomar la mejor decisión, la que sabe que a la larga redundará en nuestra felicidad y en el bien de los demás. Jesús prometió: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mateo 7:7).

(Si te interesa ahondar en el tema de las decisiones prudentes y acertadas, solicita el libro *Conectados con Dios*, colección de artículos de David Brandt Berg entre los que se cuenta *Siete maneras de averiguar la voluntad de Dios*. Si quieres saber más detalles sobre el don de profecía en particular, encarga el libro *Escucha palabras del Cielo*.) •

CUANDO NO SABES QUÉ HACER

LAS DECISIONES PERFECTAS se dan con muy escasa frecuencia, pues la vida es compleja. No obstante, siempre es posible tomar decisiones atinadas. Y aunque no siempre tengan un desenlace de cuento de hadas, logran el mejor resultado que permiten las circunstancias.

Las personas que toman decisiones eficaces no suelen basarse exclusivamente en impulsos ni en la intuición, ni siquiera en la experiencia; emplean alguna metodología. A continuación damos cuenta de una de ellas:

- **Define el problema.** Buena parte de la solución radica en identificar claramente el problema que se tiene entre manos. Conviene recurrir a los clásicos parámetros del periodista y responder al quién, qué, cuándo, por qué y cómo, aunque no necesariamente en ese orden. ¿Por qué es necesaria la decisión? ¿Cuál es el objetivo? ¿Cómo podría una decisión acertada mejorar la situación? ¿A quién va a afectar? ¿Cuándo es preciso tomarla?

- **Adopta un enfoque positivo.** Esfuérzate por ver la situación como una oportunidad y no como una contrariedad.

- **Enumera tus opciones.** Cuantas más opciones consideres, menos probable es que pases por alto la mejor solución.

- **Explora a fondo tus opciones.** Un buen sondeo y escrutinio conduce a decisiones más acertadas. Además redundante en una mayor paz interior durante la ejecución de las mismas.

- **Obra con objetividad.** Cuando ya se tiene una opinión sobre el asunto, existe la tendencia natural a buscar pruebas que confirmen esa opinión. Eso da resultado en caso de que tengas la razón; pero, ¿y si no? Considera de buen grado otras alternativas y puntos de vista

divergentes. Ten presente que el objetivo no es demostrar que tienes razón, sino tomar la mejor decisión.

- **Sopesa tus opciones.** Apunta y sopesa los pro y los contra de cada opción. Procura determinar los mejores y los peores resultados posibles de cada opción. Trata de ver si hay forma de combinar varias soluciones prometedoras para lograr una realmente eficaz.

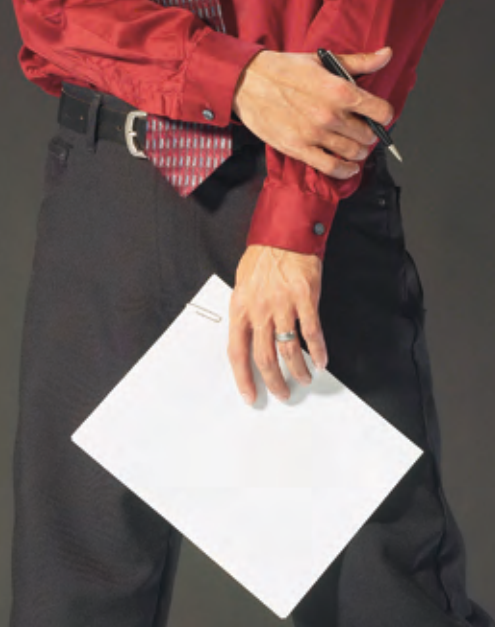
- **Sé consecuente con tus principios.** ¿Alguna de las alternativas compromete tus valores? En caso afirmativo, elimínala de la lista.

- **Toma una decisión.** Una vez que estés convencido de haber dado con la mejor opción, adopta resueltamente esa línea de acción.

- **Mantente flexible y dispuesto a cambiar de rumbo si varían las circuns-**

tancias. Una vez que tomas una decisión y comienzas a concretarla, puede que se presente una mejor opción. Entra entonces en juego lo que se ha denominado «el efecto timón». Mientras una nave no está en movimiento, el timón no hace ningún efecto; en cambio, una vez que la nave empieza a surcar las aguas, el timón permite maniobrarla con mucha libertad.

- **Consulta a Jesús.** Por último —aunque no por ello, menos importante—, ruega al Señor que te guíe a cada paso del proceso. Las respuestas a todos tus interrogantes y dilemas son sencillas para Jesús. Mucha razón tenía quien dijo: «Puede que no conozca todas las soluciones, pero conozco al que lo soluciona todo». Jesús tiene la salida para toda situación adversa. ¡Él es la solución! •





TÚ DECIDES

David Brandt Berg

(Carta dirigida a una persona que estaba a punto de tomar una decisión trascendental relacionada con una propuesta de matrimonio.)

TAL VEZ TE SORPRENDA que Dios espera que Sus hijos decidan por sí mismos dentro del marco de Su voluntad divina. En tanto que nos deleitemos en el Señor por encima de todo y nos avengamos a cumplir Sus designios, Él se alegra de concedernos nuestros deseos. Al fin y al cabo Él mismo es quien nos los infunde cuando lo complacemos. Su Palabra dice: «Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). Si lo amamos de todo corazón, esos deseos suelen ser buenos, ya que no queremos otra cosa que agradarle. Por eso, en toda situación nuestro deseo personal tiene mucho que ver con la voluntad de Dios. Él nos da lo que deseamos,

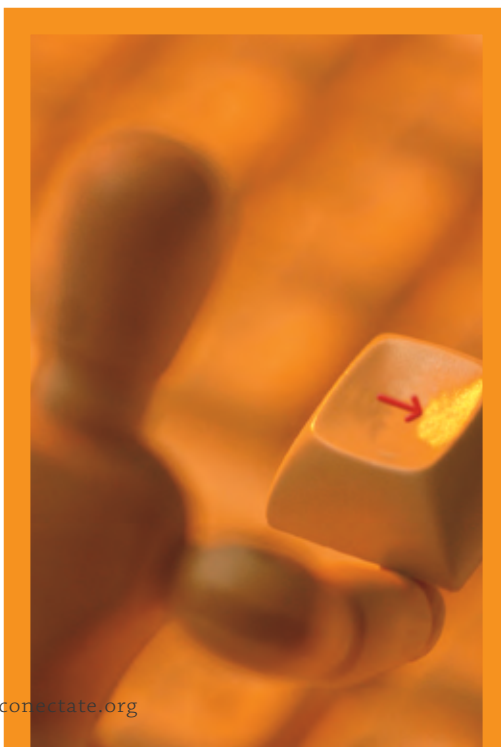
según nuestra fe.

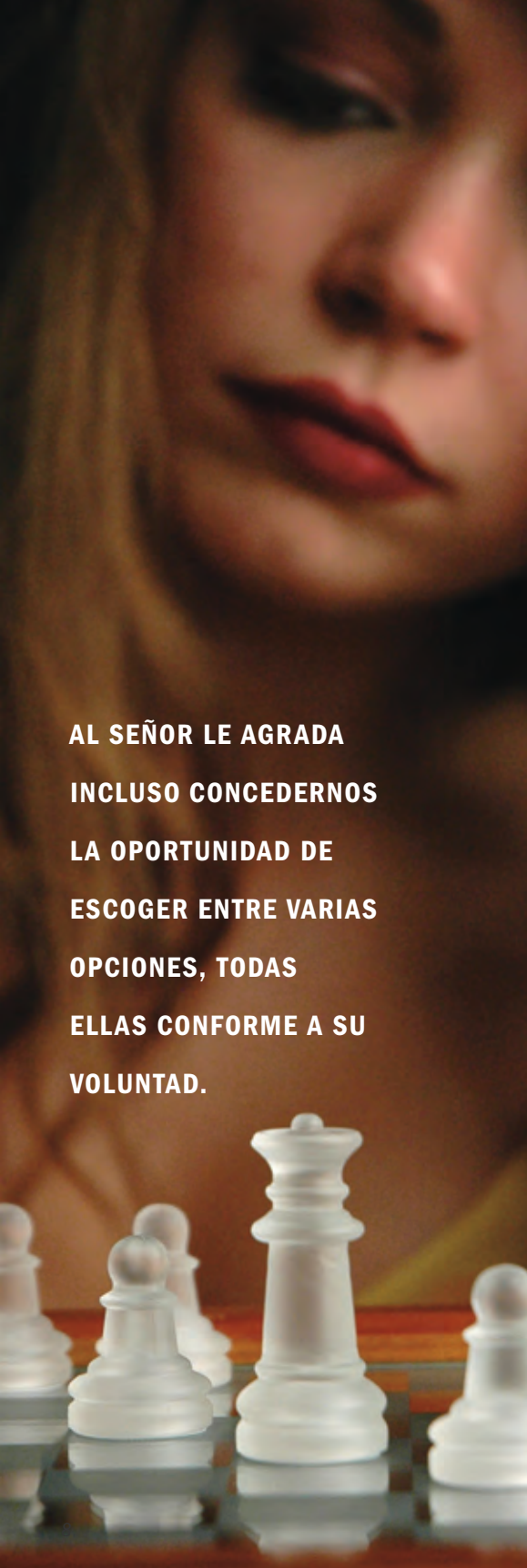
Mi madre siempre decía: «En la duda, abstente». La Biblia también nos advierte: «Todo lo que no proviene de fe es pecado» (Romanos 14:23). Si se tiene la firme convicción de que algo es la voluntad del Señor y la Palabra de Dios lo corrobora, hay que hacerlo, digan lo que digan los demás. Igualmente, si se está seguro de que algo no se ajusta a la voluntad de Dios, no debe

hacerse. Ahora bien, si uno no está seguro, lo mejor que puede hacer es esperar en el Señor hasta que Él lo esclarezca.

Entre tanto, no te dejes convencer por otras personas de que tal o cual cosa es conforme a la voluntad del Señor y de que está bien hacerla aunque Él todavía no te lo haya revelado con claridad. Simplemente explica que estás esperando a que Él te indique Su voluntad. Todo puede ser, porque para Dios nada es imposible, y al que cree todo le es posible (Lucas 1:37; Marcos 9:23). Eso sí, uno tiene que estar convencido y no dejarse influir por los demás. Uno debe tomar una decisión personal, según la fe que tenga. Y si esta decisión se ajusta a la Palabra de Dios, es que está conforme a Sus deseos.

Cuando se toma una decisión trascendental, como estás haciendo tú ahora, muchas veces hay que ver si supera la prueba del tiempo. Por eso, yo te aconsejaría esperar hasta estar convencido —mental y emocionalmente— de





**AL SEÑOR LE AGRADA
INCLUSO CONCEDERNOS
LA OPORTUNIDAD DE
ESCOGER ENTRE VARIAS
OPCIONES, TODAS
ELLAS CONFORME A SU
VOLUNTAD.**

cuál es la voluntad de Dios. Como dijo Pablo: «Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa» (Romanos 14:5, RV95).

En los asuntos del corazón no se debe actuar impulsado por el simple sentido del deber. Tiene que haber una gran medida de amor sincero, de amor por la otra persona y también de amor a Dios. Si el paso que te aprestas a dar es conforme a Su voluntad, Él te infundirá ese amor, ese amor verdadero. Toda relación sentimental desprovista de esa clase de amor es fácil que acabe causando pesar y sufrimiento a unos y a otros, tú incluido. Por el contrario, si hay amor verdadero, amor que viene de Dios, la relación resistirá toda prueba. Mientras tanto, yo en tu lugar esperaré hasta estar seguro.

En esto del matrimonio, Dios sabe que los dos necesitan a alguien que les haga compañía, los comprenda, los anime, los estimule y les dé buen ejemplo, que sea verdaderamente esa alma gemela que Dios prepara para cada uno de Sus hijos. Pudiera ser que ambos han hallado la voluntad de Dios.

Eres tú quien decide. Si de verdad la amas, si ella corresponde a tu amor y la relación está en armo-

nía con la voluntad de Dios, ninguna otra cosa te satisfará. Sea como sea, la decisión es tuya y de nadie más. Nadie puede decidir en tu lugar.

Ese es uno de los misterios de la voluntad y los designios de Dios: que nos haya concedido a todos la facultad de elegir. Y por extraño que parezca, al Señor le agrada incluso concedernos la oportunidad de escoger entre varias opciones, todas ellas conforme a Su voluntad. Es lo mismo que a veces hacemos nosotros con nuestros hijos. Les dejamos escoger qué juguete quieren comprar o qué actividad quieren realizar, en tanto que la opción sea segura y buena para ellos y no perjudique a nadie. Se trata de un concepto que muchos no entienden: por ser nuestro Padre celestial que nos ama, Dios se complace en darnos a elegir.

Si una decisión anterior que tomaste no resultó ser acertada, es posible que el error fuera tuyo. O quizá dejaste que otros influyeran de más en tu decisión. Que no te vuelva a suceder. Esta vez decide tú. Dios te dará lo que desees, siempre que sea beneficioso para ti, porque te ama y «nada bueno niega a los que andan en integridad» (Salmo 84:11, LBLA). Si se

trata de algo bueno para ti y para los demás, te lo dará más que gustoso. Por otra parte, cuando insistimos y nos empeñamos en algo que Él sabe que terminará siendo una mala decisión, Él a menudo permite que suframos las consecuencias de ello. Nos concede nuestros deseos, pero quedamos vacíos por dentro (Salmo 106:15).

Así pues, al contrario de lo que muchos piensan, normalmente Dios no decide por nosotros. Las decisiones están en nuestras manos. De nosotros depende sondear las posibilidades y determinar qué es lo que más nos conviene basados en el conocimiento que tenemos de Su Palabra, en las experiencias que hayamos acumulado y en las consultas que realicemos con Él. Nos puso en esta Tierra para que aprendiéramos a tomar decisiones atinadas basándonos en nuestro contacto personal con Él, en nuestro conocimiento de Su Palabra y de Su voluntad y en el amor que abrigamos por Él y por el prójimo. En ese sentido, tenemos que hacer lo que nuestra conciencia nos dicte que está bien.

Eso nos lleva de nuevo al versículo «cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa» (Romanos 14:5, RV95). Hay que

estar seguro de la decisión, y luego actuar y hacer lo que se considera acertado, digan lo que digan los demás. Actúa cuando tengas el convencimiento de que es la voluntad de Dios, de que no contradice Su Palabra y de que se ha confirmado por otros medios. Y lo mejor que puedes hacer es consultar con el Señor. A Él le gusta que acudamos a Él y descubramos cuál es Su voluntad, a fin de que luego sepamos sin sombra de duda que estamos procediendo bien.

Hasta entonces, no tomes determinación alguna. No dejes que nadie te presione a tomar ninguna decisión sobre la que albergues dudas. El Señor quiere concederte tus deseos siempre y cuando te deleites en Él. Pero es menester que sean tus deseos, no los ajenos; tu decisión, no la de otro.

Que Dios te bendiga, te guarde y se sirva de ti para realizar muchas cosas buenas. Que te conceda todos tus deseos, en tanto que te deleites en Él y en Su amor. «No temáis [...], porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Lucas 12:32). Que sea lo que tú quieras, conforme a la voluntad de Dios. Él quiere que seas tú quien decida. •

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

La toma de decisiones

PARA OBTENER ÓPTIMOS RESULTADOS, PIDE A DIOS QUE TE ORIENTE.

Salmo 37:5
Proverbios 3:6
Proverbios 16:3
Santiago 1:5

NUESTRAS PROPIAS IDEAS Y RAZONAMIENTOS PUEDEN DESCAMINARNOS.

Proverbios 3:5,7a
Proverbios 14:12
Proverbios 19:21
Isaías 55:8,9
Jeremías 10:23

EL SEÑOR SIEMPRE ELIGE LO MEJOR PARA NOSOTROS.

Salmo 25:12
Salmo 32:8
Salmo 84:11
Jeremías 29:11

LAS DECISIONES ACERTADAS SE BASAN EN LA PALABRA DE DIOS.

Salmo 119:105
Salmo 119:24
Salmo 119:133a
Mateo 7:24-27
2 Timoteo 3:16

EL FACTOR DECISIVO: ¿ESTÁ LA DECISIÓN MOTIVADA POR EL AMOR?

Romanos 13:10
1 Corintios 16:14

¿DÓNDE ESTÁ LA TERMINAL?

Joyce Suttin



DE NIÑA LA FE ESTUVO siempre presente en mi vida. Nunca dudé de la existencia de un Dios amoroso que se preocupaba por mí, respondía mis oraciones y me ayudaba todos los días. Empecé a rezar cuando aprendí a hablar. Cantaba canciones sobre Jesús y lo amaba. Él era una constante en mi vida. El fallecimiento de mis tíos abuelos no fue un acontecimiento pesaroso, sino que celebramos su paso a mejor vida.

Por desdicha, en la adolescencia comencé a cuestionar los principios de

la fe que me habían enseñado desde pequeña. Veía a mis padres y su fe en Dios y en la Biblia como elementos falibles, y así comencé a deslizarme por la pendiente que lleva a una persona de fe a caer en la duda y finalmente en el agnosticismo. Lo que oía y veía en el mundo que me rodeaba dejaba de tener sentido a la luz de la

sencilla fe infantil que me habían inculcado. Cuando declaraba enfáticamente mis nuevas creencias, mis padres se limitaban a sonreír y me decían que estaban dispuestos a escuchar, pero que no se apartarían de lo que sabían que era la verdad.

Mi búsqueda espiritual coincidió con mi mudanza a la ciudad de Boston. Luego

llegaron las vacaciones, y decidí tomar el tren para ir a casa de mis padres, en un pueblito del norte del estado de Nueva York. Ya había llamado con antelación y reservado mi pasaje. Estaba segura de que tomando el metro sabría llegar a la Terminal Sur. Estudié el plano, vi la ruta que debía seguir y partí con tiempo de sobra.

Luego de un rato en los túneles de la T —como denominan los bostonianos al metro de la ciudad— me bajé en la estación correspondiente a la Terminal Sur, subí por una larga escalera y, al llegar al nivel de la calle, me quedé encandilada con el resplandor del sol. Sabía que la estación de trenes tenía que estar allí, pero no la veía. Me refugié a la sombra de una gran arcada, pero seguía sin ver la estación. Consulté un par de veces el reloj y me empecé a poner nerviosa, pues temía perder el tren. Pregunté a un transeúnte, que me miró extrañado y siguió de largo presurosamente.

Entonces decidí atravesar la calle. Una vez que pasaron los autos que habían estado detenidos frente al semáforo, dirigí la mirada hacia el lugar donde había estado antes de cruzar, y vi unas letras

gigantescas, a tres metros de altura, que decían: «Terminal Sur». La entrada a la estación de trenes estaba en el mismísimo lugar donde había salido del metro, bajo aquella enorme arcada donde minutos antes me había refugiado mientras mis ojos se acostumbraban a la luz. El letrero era tan grande que desde donde estaba no lo había visto. Únicamente cuando me aparté y levanté la vista me di cuenta de que el lugar donde me había sentido perdida era ni más ni menos el que andaba buscando.

Poco después de aquella experiencia empecé a entender que yo era distinta de mis amigos ateos. Por ejemplo, me gustaba almorzar en un pintoresco cementerio de la calle Tremont en el que había lápidas que databan del siglo XVII. Un día un amigo se encontró allí conmigo y me comentó: «¿No te parece un poco raro venir a un cementerio a relajarte? ¿No te hace pensar en la muerte? ¿No te da miedo?»

Me quedé reflexionando mientras terminaba mi sándwich. «La verdad es que no me da ningún miedo —respondí—. Creo que la muerte no es sino un corredor que lleva de este mundo a otro, algo

así como un renacer. Creo que cuando muera me iré a un mundo más amplio y mejor». Lo que me distinguía de mis amigos era que en el fondo todavía conservaba la fe. Aún creía en Dios y en Jesús.

Unos días después escribí a mis padres y les relaté mi experiencia en la Terminal Sur. La relacioné con mi reciente incursión en el agnosticismo y mi regreso a la fe. Desde mi nueva perspectiva, ya no tenía ninguna duda de lo que realmente creía. Les agradecí que me hubieran impartido su fe y que hubieran sido pacientes y comprensivos conmigo. Ellos ya sabían que lo único que me hacía falta era cruzar la calle y levantar la mirada.

Con el tiempo tuve ocho hijos. Algunos de ellos han tenido dudas y se han apartado de la fe. He tratado de ser comprensiva como lo fueron mis padres, imaginándome que mis hijos están debajo de las arcadas de la Terminal Sur, buscando la entrada. Ruego a Dios por ellos y sé que la terminal está allí, aunque ellos no lo crean. Rezo para que miren hacia arriba y se den cuenta de dónde se encuentran.

Todos pasamos por épocas de desconcierto en que nos preguntamos dónde está Dios. Buscamos aquí y allá la fe y el sentido de la vida cuando en realidad se hallan delante mismo de nosotros; pero es algo tan evidente que no lo vemos. Como me ocurrió aquella vez en la Terminal Sur, estamos justo en la entrada. Sólo nos hace falta ver las cosas desde otra perspectiva para darnos cuenta de que nos hallamos precisamente donde debemos estar. •

Joyce Suttin es miembro de La Familia Internacional en los EE.UU.

PARÁBOLA

DEL RICO POBRE

Abi May



José Silo sonrió con aire de suficiencia. Luego de duras negociaciones acababa de adquirir una mayor participación en una empresa. Vivía para momentos así. Inmaculadamente vestido con un traje hecho a medida —que le confería toda una imagen de magnate—, se puso a pensar en lo que había logrado desde sus humildes inicios.

Se arrellanó en su sillón de cuero y observó el santuario de su creciente imperio. De la pared colgaban placas que daban cuenta de sus éxitos empresariales. Todo lo que había en el recinto era de primera calidad, desde los dispositivos de alta tecnología hasta los paneles de caoba y la lujosa alfombra. Cada detalle impresionaba de por sí; pero juntos ejercían un efecto abrumador en las personas a las que invitaba para realizar negociaciones privadas.

Solo los más observadores advertían que no había fotos familiares. En realidad, Silo mantenía contacto a distancia con un solo familiar: su padre, que había quedado recluido en un geriátrico desde que el Alzheimer empañó su realidad y lo marginó del éxito de su hijo. Tal vez por eso Silo mantenía contacto con él: su padre era la única persona que no le pedía nada.

Silo andaba tan ocupado con la expansión de sus empresas que rara vez pensaba en la soledad que lo consumía. Además de la gente con la que hacía negocios, la mayoría de los días no hablaba más que con una persona. No se trataba de Magda, la mucama que llegaba todas las mañanas después que él salía para la oficina y terminaba antes que regresara. Tampoco era el portero, ni los guardias de seguridad, cuya existencia poco menos que pasaba inadvertida para él. La única persona con la que se veía más o menos obligado a hablar era su secretaria, Dorotea.

Dorotea ya bordeaba los 40 y trabajaba para él desde hacía cuatro años. Sin lugar a dudas era la mejor asistente que había tenido: concienzuda, detallista y dispuesta a trabajar las largas horas que demandaba el puesto. A ella misma no le habría venido mal tener una asistente; pero a juicio

de Silo eso no era necesario. Desde el día en que la entrevistó para el puesto ni se le había cruzado por la cabeza el hecho de que tenía dos hijos en edad escolar que también la echaban en falta.

Silo llevaba seis meses trabajando en aquella nueva adquisición. Ahora que se habían firmado los documentos, sus ingresos se incrementarían sustancialmente, tal vez hasta en un 40% en el curso del año siguiente. Volvió a sonreír con aire petulante. «¡Eso sí que es crecer!», se dijo. Mas no quiso regodearse sino unos minutos, y enseguida estaba concentrado nuevamente en la pantalla de su ordenador, analizando las novedades del mercado y planificando su siguiente jugada.

Aquella noche, al llegar a casa, todo parecía estar en orden, sólo que tenía una fuerte indigestión. Había ido agudizándose a lo largo del día, y él la había atribuido al estrés de una semana de intensas negociaciones. Calentó en el microondas el estofado que le había preparado Magda y se lo comió mientras miraba las noticias financieras en un canal de televisión por cable. Se fumó desganadamente un cigarro de los que reservaba para los momentos de triunfo y se acostó temprano.

No obstante, la indigestión no cedió. Antes de dormirse, su malestar se intensificó tanto que le habría gustado no estar solo. Comenzó a dolerle la mandíbula y luego el brazo. Respiraba con dificultad, y se dio cuenta de que el intenso dolor que sentía, y que ahora se le había trasladado al pecho, era un infarto. Intentó llegar al teléfono, pero antes de marcar el número de emergencia cayó vencido por las punzadas y perdió la conciencia.

Cuando abrió los ojos, tuvo la impresión de estar despertando de un largo y extraño sueño. Su madre estaba delante de él y le dirigió una sonrisa casi surrealista. Se la veía más joven y delgada que como él la recordaba. Silo estaba confuso. Su madre había fallecido quince años antes.

Miró a su alrededor buscando algo que le resultara familiar, algo que le ayudara a entender donde se encontraba. Enseguida

se dio cuenta de que no estaba en su casa. Más bien parecía desplazarse a lo largo de un largo y oscuro túnel, al final del cual se divisaba una luz. Su madre permaneció a su lado y no dejó de sonreírle. Sin embargo, sus ojos denotaban tristeza, como si le reprocharan tiernamente que hubiera abandonado a sus hermanos, que hubiera hecho caso omiso de sus pedidos de ayuda y a la larga se hubiera desentendido completamente de su situación, que hubiera vivido tan ensimismado y obsesionado con sus propios planes hasta el punto de no pensar en ninguna otra persona. Su madre no pronunció ni una palabra, pero él supo exactamente lo que ella estaba pensando.

Por un momento tuvo la impresión de estar sentado nuevamente frente a su escritorio, analizando el último estado de cuentas. Le pareció tener justo detrás a alguien que lo observaba. Entonces volvió a encontrarse en el túnel, deslizándose a gran velocidad pero esta vez en sentido contrario. Supo en ese momento que volvía a vivir y que se le concedía una nueva oportunidad. Se había hecho balance de su vida y se había descubierto que urgía que saneara sus cuentas. Era hora de enmendarse y convertirse en el hombre que hubiera debido ser. •

Abi May es miembro de La Familia Internacional en Inglaterra.

La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: «¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos?» Dijo entonces: «Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate”».

Pero Dios le dijo: «Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?»

Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.

Jesús, Lucas 12:16–21



LA *mujer*, EL PRÍNCIPE Y EL DRAGÓN

Scott MacGregor

UNA MISTERIOSA MUJER, un hijo destinado a ser monarca y un dragón con múltiples cabezas. Esos son los personajes principales del capítulo 12 del enigmático libro del Apocalipsis. Parece uno de esos cuentos mitológicos de la antigüedad. Sin embargo, no es ningún mito. Es una alegoría de algo que ya sucedió y algo que sucederá en un futuro cercano.

El apóstol Juan —autor del Apocalipsis— ve en los cielos una hermosa mujer vestida del sol, con estrellas en el cabello y la luna a sus pies. Cuando da a luz a un niño de sangre real, un terrorífico dragón rojo lo está acechando con el objeto de matarlo y devorarlo. Pero antes que logre abalanzarse sobre él, éste es rescatado y llevado al Cielo.

Sabemos que el dragón es Satanás, el Diablo, la consabida serpiente del Huerto del Edén. Y se hace patente que el niño que asciende al Cielo es Jesús. Pero ¿quién es la mujer?

Lo primero que piensa mucha gente es que se trata de María, la madre terrenal de Jesús, quien lo dio a luz en un establo de Belén. María era «muy favorecida» y «bendita entre las mujeres» (Lucas 1:28). Eso le dijo el ángel que le anunció que era la elegida para concebir al Hijo de Dios. No obstante, si seguimos con la lectura, se hace evidente que no encaja en la descripción de la mujer de ese pasaje. Obviamente se trata de otra persona.

El dragón intentó matar al niño cuando nació. El Evangelio de Lucas dice que el rey Herodes se propuso hacer eso, sin duda inspirado por ese diabólico dragón. Aquel

intento de homicidio se frustró, y Herodes murió unos años después, no sin antes derramar la sangre de muchas criaturas inocentes en su demencial tentativa de acabar con el niño que, según lo predicho, llegaría a ser «Rey de los judíos» (Mateo 2:16-19). Al final, Jesús sí murió para que todos pudiéramos ser salvos; pero resucitó tres días después y anduvo otros 40 días por la Tierra, durante los cuales fue visto por cientos de personas, antes de ser «ascendido al Cielo» (Hechos 1:1-9; 1 Corintios 15:4-7). Pronto retornará para regir el mundo, después que se hagan realidad las pocas profecías del Tiempo del Fin que aún tienen que cumplirse.

Juan continúa describiendo su visión y nos dice que vio desencadenarse una guerra en la dimensión espiritual. El gran arcángel Gabriel —del cual el profeta Daniel dijo que defendería al pueblo de Dios en los postreros días (Daniel 12:1)— dirige un ejército de huestes celestiales para combatir al dragón-diablo. Éste es vencido, y su ejército de ángeles caídos —«un tercio de las estrellas», que él había apartado de las huestes del cielo— es echado a la Tierra.

El Diablo siempre ha hecho las veces de gran acusador. Aun hoy se presenta delante de Dios como un fiscal ante el juez, para incriminar a la humanidad —sobre todo a quienes han aceptado la expiación de sus pecados por parte de Jesús— de toda suerte de delitos contra el Creador. El antiguo libro bíblico de Job confirma que este nefasto personaje lleva haciendo lo mismo desde tiempos inmemoriales.

«Un día vinieron a presentarse delante del Señor los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás. Y dijo el Señor a Satanás: “¿De dónde vienes?” Respondiendo Satanás al Señor, dijo: “De rodear la tierra y de andar por ella”. Y el Señor dijo a Satanás: “¿No has considerado a Mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?” Respondiendo Satanás

al Señor, dijo: “¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora Tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra Ti en Tu misma presencia”» (Job 1:6-11).

Con esas palabras, el Diablo describió acertadamente a la vasta mayoría de la humanidad. Cuando nos vemos azotados por penurias extremas, muchos hemos sido culpables de alzar el puño y achacarle a Dios nuestras desdichas. Aunque todos somos pecadores, el Juez supremo ya nos perdonó nuestros pecados; ahora bien, el Diablo insiste en que seamos condenados. Pero pronto eso terminará.

Después de perder la batalla cósmica ante las fuerzas del bien, el Diablo es arrojado a la Tierra, y ya no puede acusarnos ante Dios. ¡El Cielo se regocija! Sin embargo, para los habitantes de la Tierra el exilio de Satanás resulta nefasto, pues cuando es arrojado a la Tierra, comienza su régimen de terror de 1260 días denominado la Gran Tribulación. Ya no puede increpar a Dios para que nos condene, pero sí puede hacer todo lo que está a su alcance para causarnos sufrimiento. Sabiendo que le queda poco tiempo, se empeña en eso con todas sus

fuerzas. Así y todo, él es quien está condenado, y tal como perdió la guerra en el plano celestial, también sale vencido en la Tierra. ¡Que no te quepa duda de eso! Dios y el bien saldrán victoriosos.

Pero, ¿quién es esa mujer, entonces? Puede que la respuesta te sorprenda. •

(Continuará en el próximo número de *Conéctate*)

Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y Su hijo fue arrebatado para Dios y para Su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.

Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: «Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de Su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche».

Apocalipsis 12:1-10

DE JESÚS, CON CARIÑO

Quiétude espiritual

Si esperas en Mí en oración, te podré revestir de Mi fortaleza. ¿Qué significa esperar en Mí? Entregarme tus pensamientos y tu voluntad y aceptar la Mía. Muchas veces no revelo Mi voluntad —lo que sé que a la postre dará mejor resultado— de una sola vez; a menudo es un proceso gradual. Tú me entregas tus ideas y planes, por ejemplo tus planes para ese día, tus deseos personales, tu opinión sobre determinado asunto o lo que sea. Pero aun después de esa entrega inicial, Mi plan va descubriéndose poco a poco. A medida que voy revelándote más de Mi voluntad, tú debes entregarme más de la tuya.

Durante ese proceso, te concedo a cada paso Mis fuerzas y Mi gracia. Solo cuando comienzas a resistirte a Mi voluntad o te empeñas en aferrarte en parte a la tuya te empiezan a faltar las fuerzas para seguir. En tanto que te rindas y aceptes lo que hago, recibirás toda la gracia, la paz y las fuerzas que necesitas; nunca te faltará nada. Ese es el sencillo principio de aprovechar Mis fuerzas. No obstante, para hacerlo bien debes acudir a Mí y escuchar Mis instrucciones a cada paso.

El proceso consta de tres etapas. La primera es entregarme humildemente tu voluntad; la segunda, preguntarme cuál es la Mía; y la tercera, aceptarla y pedirme las fuerzas para llevarla a cabo. Cuando haces eso, Mi Espíritu entra en ti, te sostiene y te da exactamente lo que necesitas en esa situación. Ese estado de perfecta armonía conmigo es magnífico.

